

- Y vosotros, les dijo, ¿por qué estais aquí?  
Los suizos permanecieron silenciosos.  
Launay señaló con la mano á la puerta de hierro.  
Billot quiso aun hacer el último esfuerzo.  
— Señor, dijo á Launay; en nombre de la nacion, en nombre de vuestros hermanos....  
— ¡Mis hermanos! decís que son mis hermanos los que están gritando ¡A la Bastilla! ¡Muera su gobernador! Lo serán vuestros, pero á buen seguro que no lo son míos.  
— Entónces.... en nombre de la humanidad.  
— ¡En nombre de la humanidad, y venís en número de cien mil contra cien desgraciados soldados encerrados en estos muros!  
— Entregando al pueblo la Bastilla les salvais la vida.  
— Y yo pierdo mi honor.  
Calló Billot, porque le desarmaba la lógica del soldado, pero dirigiéndose de nuevo á los suizos y á los inválidos.  
— Entregaos, amigos míos, les dijo; aun es tiempo. Diez minutos mas, y ya será demasiado tarde.  
— Si no salís de aquí en este mismo instante, dijo Launay, á fé de soldado que os mando pasar por las armas.  
Billot permaneció quieto un instante, se cruzó de brazos como retándole á que lo hiciera, clavó por última vez sus ojos en Launay, y salió.

## CAPITULO XVII

## La Bastilla.

La multitud esperaba en la plaza de la Bastilla, sofocada por el ardiente sol de julio, bramando llena de furia. La gente de Gonchon acababa de reunirse á la de Marat. El pueblo de San Antonio reconocia y saludaba á sus hermanos del barrio de San Marceau.

Gonchon estaba al frente de sus compatriotas; Marat habia desaparecido.

- El aspecto que presentaba la plaza de la Bastilla, era siniestro.  
Cuando la multitud vió á Billot, redoblaron sus gritos.  
— ¿Y bien? preguntó Gonchon dirigiéndose hácia él.  
— Ese hombre es un valiente, dijo Billot.  
— ¿Y qué es lo que quereis decir con *ese hombre es un valiente*? preguntó Gonchon.  
— Quiero decir que se mantiene firme.  
— ¿No quiere entregar la Bastilla?  
— No.  
— ¿Está resuelto á sostener el sitio?  
— Sí.  
— ¿Y creéis que le podrá sostener mucho tiempo?  
— Le sostendrá hasta morir.  
— Pues bien, sea; hasta morir.  
— Pero ¡cuantos hombres vamos á hacer que mueran! dijo Billot dudando que Dios le hubiese dado el derecho que se arrogan los generales, los reyes y los emperadores, esos hombres que tienen privilegio exclusivo para derramar la sangre.  
— ¡Bah! dijo Gonchon; hay gente de sobra en el mundo, puesto que falta pan para la mitad de la poblacion. ¿No es así, amigos míos? añadió Gonchon volviéndose hácia la multitud.  
— ¡Sí! ¡sí! gritó la multitud con una abnegacion sublime.  
— Pero ¿y el foso? ¿cómo se pasa el foso? preguntó Billot.  
— No hay necesidad de rellenarle sino por un solo sitio, contestó Gonchon, y yo he calculado, que con la mitad de nuestros cuerpos se puede llenar el foso entero. ¿No es así, amigos míos?  
— ¡Sí! ¡sí! respondió la multitud con el mismo ímpetu que antes.  
— Pues bien, vamos, dijo Billot.  
En este instante apareció Launay en la azotea, acompañado del mayor Losme y de algunos otros oficiales.  
— Empieza tú, gritó Gonchon al gobernador.



Este se volvió de espaldas sin responder una sola palabra.

Gonchon, que quizá hubiera soportado la amenaza, no soportó el desprecio que se le hizo; apuntó en seguida con su carabina, y cayó muerto uno de los que acompañaban al gobernador.

Entonces sonaron á un tiempo mil tiros de fusil, como si se hubiera aguardado esta señal para romper el fuego, y quedaron de trecho en trecho pintadas de manchas blancas las pardas torres de la Bastilla.

A esta descarga sucedió un silencio que duró algunos minutos, como si la multitud se hubiera quedado espantada de lo que ella misma acababa de hacer.

Al poco rato, en lo alto de una torre, se vió brillar un fogonazo entre una nube de humo; resonó el estampido horrisono y oyéronse entre la multitud gritos terribles de dolor; era el primer cañonazo que se disparaba desde la Bastilla; se había empezado ya á derramar la sangre. La batalla estaba empeñada.

Parecía ya como aterrorizada aquella multitud que un momento antes estaba tan amenazadora.

La Bastilla, poniéndose en defensa, se presentaba á sus ojos como una fortaleza inexpugnable. Sin duda el pueblo había esperado que en aquel tiempo de concesiones, se alcanzaría también esta sin efusion de sangre.

Pero el pueblo se engañó. Aquel cañonazo disparado desde la torre, le había hecho conocer que era una empresa titánica la que había emprendido.

Al punto sonó una descarga de fusilería en la plataforma de la Bastilla.

En seguida sucedió un nuevo silencio, tan solo interrumpido por algunos gritos, gemidos y quejas, que se oían por distintos lados entre la multitud.

Entonces hubo un gran estremecimiento en aquella masa enorme del pueblo; la multitud empezaba ya á recoger sus muertos y heridos.

Pero el pueblo no pensó en huir, ó se avergonzó de solo pensarlo.

Los boulevards, la calle, y todo el barrio de San Antonio, estaban convertidos en un inmenso mar de hombres; cada ola tenía una cabeza y cada cabeza dos ojos llameantes y una boca amenazadora.

Al instante aparecieron en todas las ventanas de las casas hombres armados que disparaban sus fusiles á un estando fuera de tiro.

En el momento en que se asomaba á las azoteas ó á las troneras, ó un inválido ó un suizo, cien fusiles le apuntaban al instante, y las balas descantillaban las esquinas de las piedras en que se resguardaban los soldados.

Todos daban su parecer en medio de la multitud y de los clamores.

Formaban corro junto al que se ponía á hablar, y si veían que era desacertado lo que proponía que se hiciera, se alejaban en seguida.

Un carretero proponía que se hiciese una especie de catapulta, á estilo de las antiguas máquinas de guerra, para abrir brecha en la Bastilla.

Los bomberos proponían llenar de agua con sus bombas los oídos de los cañones y apagar las mechas de los artilleros, sin echar de ver que la mejor de sus bombas no elevaría el agua ni á las dos terceras partes de la altura de la fortaleza.

Un cervecero que capitaneaba la gente del barrio de San Antonio, y cuyo nombre ha alcanzado despues una fatal celebridad, propuso incendiar la Bastilla con aguas, inflamándola con fósforo.

Billot escuchó una por una todas estas proposiciones. Cuando acabó de oír la última, cogió un hacha que tenía en sus manos un carpintero, y adelantándose entre una lluvia de balas que derribaba á los hombres como las espigas de un campo de trigo, llegó hasta el cuerpo de guardia que estaba junto al primer puente levadizo, y en medio de la metralla que silbaba y arrojaba chispas como las piedras, echó las cadenas y dejó caer el puente.

Por espacio de un cuarto de hora que duró esta acción casi insensata, la multitud se quedó aterrada y sin aliento.



A cada tiro que sonaba creían que iban á ver rodar al audaz aldeano. Olvidaban todos su propio peligro, y se acordaban tan solo del peligro que corría este hombre.

Cuando cayó el puente, la multitud dió un grito de alegría, y se precipió en el primer patio.

Fué tan rápido el movimiento, tan impetuoso, tan irresistible, que no pudieron oponer obstáculo.

Por aquellos gritos de frenética alegría, conoció Launay que le habían ganado ya el puente.

Ni aun echaron de ver que habían aplastado á un hombre bajo aquel peso de madera.

Entónces, los cuatro cañones que el gobernador enseñó á Billot arrojaron un ruido terrible y barrieron toda la galería.

El huracán de hierro dejó trazado en la multitud un largo surco de sangre; diez ó doce muertos, quince ó veinte heridos quedaron en el sitio por donde pasó la metralla.

Billot se había dejado caer en tierra porque le tiraron del vestido, y encontró á su lado á Pitou, que se hallaba allí no se sabe como.

Pitou estaba alerta como buen cazador; había visto á los artilleros acercarse con las mechas encendidas, y cogiendo á Billot del vestido, le hizo caer en tierra. Un ángulo de la pared les había libertado á entrambos de esta primera descarga.

Desde aquel instante la causa iba ya poniéndose grave; el tumulto era espantoso, la lucha era mortal; diez mil tiros resonaron á la vez en derredor de la Bastilla, mas peligrosos para los sitiadores, que para los sitiados. Por último, un cañon de los guardias franceses, vino á aumentar con su estampido aquel ruido de fusiles.

Espantoso ruido que embriagó á la multitud, y empezó á aterrizar á los sitiados, que vieron entónces cuán pocos eran en número, y conocieron que no podrian hacer ellos un ruido semejante al que los ensordecía en aquel momento.

Los oficiales de la Bastilla conocieron que sus soldados

se acobardaban; cogieron sus fusiles y empezaron tambien á hacer fuego.

En medio de aquel ruido de artillería y fusilería, en medio de los gritos de la multitud, se precipitaron todos de nuevo á recoger los muertos para hacer una muralla con aquellos cadáveres que gritaban venganza por la boca de sus heridas, y apareció en aquel instante á la entrada de la galería una diputacion de hombres pacíficos y desarmados, que atravesando por entre la multitud, se adelantaban dispuestos á sacrificar sus vidas, protegidas únicamente por una bandera blanca que les precedía é indicaba que eran parlamentarios.

En efecto, era una diputacion del Hotel de Ville; los electores sabian que se habían roto las hostilidades; quisieron poner término á la efusion de sangre, y obligaron á Flesselles á hacer nuevas proposiciones al gobernador.

Llegaron los diputados á intimar á Launay que mandase cesar el fuego y que accediese á recibir en la fortaleza cien hombres de milicia urbana que garantizarian las vidas de los ciudadanos y las de la guarnicion.

El pueblo, asustado ya de la empresa que había acometido, viendo pasar en andas los muertos y los heridos, estaba dispuesto á apoyar esta proposicion.

Cuando se presentaron los diputados cesó el fuego de la galería, les hicieron seña de que se podian aproximar, y se acercaron en efecto, resbalándose encima de la sangre, tropezando con los cadáveres y tendiendo las manos á los heridos.

Mientras tanto, el pueblo recogió los muertos y los heridos y quedaron únicamente los charcos de sangre en el pavimento de la galería.

Por parte de la fortaleza había cesado de un todo el fuego. Billot salió á la plaza á hacer que cesase tambien por parte de los sitiadores. A la puerta encontró á Gonchon.

Gonchon estaba sin armas arengando como un inspirado, y sereno como si fuese invulnerable.

— Y bien, preguntó á Billot, ¿qué ha hecho la diputacion?



— Ha penetrado en la Bastilla, respondió Billot; hagamos que cese el fuego.

— Es inútil, dijo Gonchon con la misma certidumbre que si tuviera el don de adivinar en lo futuro; no se vendrán á nada.

— No importa; puesto que somos ahora soldados, respetemos los hábitos de la guerra.

— Bueno, dijo Gonchon.

Y dirigiéndose en seguida á dos hombres del pueblo, que parecían mandar bajo sus órdenes á toda la multitud, — Anda Elías, y tú Hullin, que no disparen un solo tiro.

Los dos edecanes desaparecieron al poco tiempo entre las masas del pueblo, y al poco rato fué disminuyendo el ruido de la fusilería, hasta que se estinguió de todo punto.

Hubo un instante de reposo, del que se aprovechó la multitud para curar á los heridos, cuyo número llegaba ya á treinta ó cuarenta.

En este momento de reposo se oyeron sonar las dos. El ataque había comenzado al medio día. Ya hacia dos horas que se estaban batiendo.

Billot se volvió á su puesto seguido de Gonchon.

Los ojos de este último miraban con impaciencia hácia la verja de hierro; su inquietud era evidente.

— ¿Qué tenéis? le preguntó Billot.

— Si dentro de media hora no hemos tomado la Bastilla, todo está perdido.

— ¿Y por qué?

— Porque en la corte se sabrá ya lo que sucede, y nos mandarán los suizos de Bezenval y los dragones de Lambesc, y entónces nos veremos acometidos por tres partes.

Billot se vió obligado á confesar que podía fácilmente suceder lo que predecía Gonchon.

Por último volvieron á aparecer los diputados. Por la tristeza de sus semblantes se conoció que nada habían alcanzado.

— Y bien, dijo Gonchon, radiante de alegría. ¿Qué había yo dicho? La maldita fortaleza está condenada á perecer.

Y sin preguntar nada á la diputacion, salió afuera gritando.

— ¡A las armas! hijos, ¡á las armas!

En efecto, apenas hubo leído el comandante la carta de Flesselles, se animó su fisonomía, y en vez de ceder á las proposiciones que se le hacian, contestó:

— Señores parisienses, no soy yo quien ha querido el combate, sino vosotros. Ahora ya es demasiado tarde.

Insistieron los parlamentarios y le hicieron presentes todas las desgracias que podrian sobrevenir si no accedia. Pero á nada quiso dar oídos, y acabó por decir á los parlamentarios lo mismo que dos horas antes había dicho á Billot:

— Salid, ú os mando fusilar.

Y salieron los parlamentarios.

Launay se encontraba impaciente, y él fué quien rompió esta vez las hostilidades. Antes de que saliesen los individuos de la diputacion, la *musa* del duque de Saxe entonó una cancion. Tres personas cayeron en tierra, un muerto y dos heridos.

Estos dos últimos eran un guardia francés y un parlamentario.

Cuando vió la multitud á este hombre, cuya vida era sagrada, cubierto de sangre, y que le llevaban entre cuatro, se enfureció extraordinariamente.

Los dos edecanes de Gonchon habían ya vuelto á sus puestos respectivos; pero ambos tuvieron tiempo de irse á sus casas á cambiar de trage.

El uno vivía junto á la Armería, y el otro en la calle de Charonne.

Hullin, que fué primero relojero de Génova y despues cazador del marqués de Conflans, volvió vestido con su librea, que se parecia mucho al uniforme de un oficial húngaro.

Elías, que había sido oficial del regimiento de la Reina; se fué á vestir su antiguo uniforme, para dar mas confianza al pueblo, haciéndole creer que el ejército estaba tambien de su parte.



Volvió á empezar el fuego con mas encarnizamiento que nunca.

En el mismo momento el mayor de la Bastilla, Mr. Losme, se acercó á hablar al gobernador.

Mr. Losme era un valeroso soldado, pero que tenia aun algo de ciudadano, y veia con pesar lo que estaba pasando y lo que todavia tenia que pasar.

— Señor, le dijo, carecemos de víveres, ya lo sabeis.

— Ya lo sé, contestó Launay.

— Tambien sabeis que no tenemos órdenes de nadie.

— Dispensadme, señor de Losme, que os diga que yo tengo orden de guardar la Bastilla, y para eso se me han entregado las llaves.

— Las llaves, señor, sirven lo mismo para abrir las puertas que para cerrarlas. No vayais á hacer que perezca toda la guarnicion y se pierda ademas la fortaleza. ¡Qué dos triunfos en un solo dia!... Mirad esos hombres con quienes estamos luchando. Esta mañana eran quinientos; hace tres horas diez mil; ahora son ya mas de sesenta mil, y mañana serán cien mil. Cuando dejen de disparar nuestros cañones, que tiene que llegar á suceder muy pronto, el pueblo podrá demoler, si quiere, la Bastilla sin mas armas que sus manos.

— No hablais como buen militar, señor de Losme.

— Pero hablo como buen francés, señor de Launay. No habiéndonos dado orden alguna S. M., y habiéndonos presentado el síndico del ayuntamiento una proposicion muy aceptable, cual es la de permitir dentro de la fortaleza cien hombres de milicia urbana, podiais, para evitar las desgracias que yo preveo, haber accedido á la proposicion de monsieur Flesselles.

— ¿Con que creéis, señor de Losme, que el poder representante de la ciudad de Paris es una autoridad á la que debemos obedecer?

— En ausencia de la autoridad directa de S. M., sí, señor; esta es, al menos, mi opinion.

— Pues bien, dijo Launay, llevando al mayor á un rincón del patio; leed, señor de Losme.

Y le presentó un pedazo de papel.

El mayor leyó estas palabras :

« Manteneos firme : yo entretendré á los parisienses con escarapelas y promesas. Antes del anochecer, M. de Bezenval os enviará refuerzo.

» FLESSELLES. »

— ¿Cómo ha llegado á vuestras manos este billete? preguntó el mayor.

— Dentro de la carta que me han traído los señores parlamentarios. Creían traerme la invitacion para que rindiera la Bastilla, y me traian la orden de defenderla.

El mayor bajó la cabeza.

— Permaneced en vuestro lugar, dijo Launay, y no os movais de él hasta que yo os llame.

Mr. de Losme obedeció.

Mr. de Launay dobló con frialdad la carta, se la metió en el bolsillo, y volvió á ponerse al frente de sus artilleros, mandándoles que apuntasen con buena direccion.

Obedecieron los artilleros, como habia obedecido Mr. de Losme.

Pero ya estaba dispuesto cual habia de ser la suerte de la Bastilla, y ningun poder humano era capaz de contrarrestarla un momento.

A cada cañonazo que sonaba, respondia el pueblo, ¡A la Bastilla!

Entre las voces que gritaban, se distinguian las de Pitou y de Billot.

Pero cada cual se portaba segun su manera.

Billot, valeroso y confiado como un leon, se adelantaba cada vez mas, despreciando las balas y la metralla. Pitou, prudente y circunspecto como una zorra, dotado como lo estaba hasta el mas alto grado del instinto de conservacion, ponía en juego todas sus facultades para evitar el peligro.

Conocía cuáles eran las troneras mas peligrosas, y distinguía el imperceptible movimiento de las armas que iban á descargarse. Adivinaba el momento preciso en que iban



á disparar los fusiles de las troneras á través del puente levadizo.

Entónces, despues de trabajar con sus ojos, trabajaba con sus miembros para acomodarse de la mejor manera posible y librarse de cualquier evento.

Escondiansese los hombros, hundíasele el pecho, y todo su cuerpo no presentaba mas superficie que la de una hoja de sable vista de corte.

En aquellos momentos, Pitou, el gordinflon Pitou, porque no era delgado de cuerpo mas que de las piernas, se quedaba semejante á la línea geométrica sin longitud ni profundidad.

Se habia situado en un rincon en el paso del primer puente levadizo al segundo, en una especie de parapeto vertical formado por dos saledizos de piedra; su cabeza estaba resguardada por una de estas piedras; su vientre por la otra, y sus rodillas descansaban en otra. Pitou se daba el parabien de que la naturaleza y el arte de las fortificaciones se hallasen tan perfectamente combinados, que tuviesen una piedra para resguardar cada uno de los miembros cuya herida podia ser mortal.

Desde el rincon en que estaba agazapado como la liebre en su madriguera, disparaba de vez en cuando su fusil para descargo de su conciencia, pues no tenia enfrente de sí mas que piedras y pedazos de madera; pero aun esto gustaba mucho al tío Billot, que algunas veces le decia :

— ¡Tira, perezoso, tira!

Y Pitou gritaba tambien de vez en cuando :

— ¡Por Dios, señor Billot, cuidado! que va á tirar el cañon, porque el perro de la musa está ya ladrando.

Y apenas Pitou acababa de pronunciar estas ó semejantes palabras, cuando sonaba el estampido del cañon, y la metralla silbaba por el aire.

A pesar de todos estos consejos, Billot hacia prodigios de valor, pero todo en vano. Aunque no derramaba su sangre, y en verdad, no era por falta de temeridad, derramaba su sudor á mares.

Diez veces le cogió Pitou del vestido; y le hizo ten-

derse, á su pesar, en el suelo, precisamente en el momento en que le hubiera deshecho la metralla.

Pero siempre volvía á levantarse Billot, no solo con mas valor que antes, sino con un nuevo proyecto en la cabeza.

Ocurriósele una vez ir á cortar las vigas en que estaban clavadas las cadenas, colocándose para ello encima de las tablas del puente.

Entónces Pitou prorumpió en grandes gritos para detener al colono; pero viendo que todo era inútil, no tuvo mas remedio que salir de su escondite diciendo :

— ¡Señor Billot! ¡pero señor Billot! ¡no veis que si os matan va á quedarse viuda la tía Billot!

Los suizos asomaron oblicuamente los cañones de sus fusiles por las troneras para apuntar al temerario que intentaba cortarles el puente,

— ¡Señor Billot! gritaba Pitou; ¡pero señor Billot! ¿me conoceis que si os matan va á quedarse huérfana la señora Catalina!

Y Billot se detenía al oír estas palabras que parecían causarle mas impresion que las anteriores.

Por último, halló un medio Billot en su fecunda imaginacion.

Corrió á la plaza gritando :

— ¡Una carreta! ¡una carreta!

A Pitou se le ocurrió tambien que lo que era bueno de por sí siendo sencillo, debía ser excelente siendo doble. Y echó á correr detrás de Billot, gritando :

— ¡Dos carretas! ¡dos carretas!

Inmediatamente trajo arrastrando diez carretas la multitud.

— ¡Paja y heno seco! gritó Billot.

— ¡Heno y paja seca! gritó Pitou.

Y á los pocos instantes se presentaron doscientos hombres con sus haces de paja y heno.

Fué preciso decir que ya habia diez veces mas heno del que se necesitaba, porque sino en una hora se hubiera formado un monton tan alto como la Bastilla.



Billot agarró la lanza de una carreta cargada de paja, y en vez de tirar de ella hacía adelante, la arrastró empujándola por detrás.

Pitou hizo otro tanto con otra sin saber lo que se hacía, creyendo únicamente que siempre sería bueno imitar al tío Billot.

Eliás y Hullin adivinaron al instante lo que intentaba Billot, y le siguieron cada cual con una carreta que llevaron arrastrando hasta el patio.

Apenas asomaron á la puerta, empezó á llover sobre ellos la metralla; pero las balas y la metralla se introducían entre la paja, haciendo un ruido estridente, pero sin herir á ninguno de los sitiadores.

Entonces se situaron detrás de las carretas doscientos ó trescientos hombres con fusiles, y resguardados de este parapeto ambulante llegaron hasta el mismo puente.

Billot sacó entonces de su bolsillo eslabon y yesca, colocó un poco de pólvora encima de un papel, y pegó fuego á la pólvora.

La pólvora encendió al papel y el papel la paja.

Todos los demas imitaron á Billot, y las cuatro carretas se incendiaron á la vez.

Para poder apagar el fuego tenían los sitiados necesariamente que salir, y esto era exponerse á una muerte segura.

La llama trepó por las tablas, mordió la madera con sus dientes de fuego, y corrió serpeando á lo largo de las vigas.

El grito de alegría que se oyó sonar en el patio de la Bastilla, fué repetido en toda la plazuela de San Antonio.

Ya se veía elevarse el humo por encima de las torres, y se conocía que estaba verificándose alguna cosa que había de ser fatal para los sitiados.

En efecto, las cadenas enrojecidas cayeron, y el puente vino á tierra medio roto, medio quemado, huicando y dando estallidos.

Acudieron en este momento los bomberos con sus bombas. El gobernador mandó á sus tropas hacer fuego, pero no quisieron los inválidos.

Solo los suizos obedecieron; mas los suizos no eran artilleros, y fué menester abandonar los cañones.

Los guardias franceses, cuando vieron que cesaba el fuego de artillería, pusieron su pieza en batería, y al tercer cañonazo quedó rota la verja.

El gobernador se había subido á la plataforma del castillo para ver si llegaban los socorros prometidos, cuando se vió de repente envuelto en una nube de humo. Entonces bajó precipitadamente y volvió á mandar hacer fuego á los artilleros.

Negáronse los inválidos, y viendo ya rota la verja de hierro, conoció Launay que todo estaba perdido.

Mr. Launay sabia que era odiado del pueblo. Adivinó, pues, que no podia salvar la vida de ningun modo.

Todo el tiempo que había durado el combate, había estado pensando en sepultarse bajo las ruinas de la Bastilla.

Quando conoció que ya era inútil toda defensa, arrancó una mecha encendida de manos de un artillero, y bajó hacía el sótano en que estaban las municiones.

— ¡La pólvora! gritaron los soldados llenos de terror; ¡la pólvora! ¡la pólvora!

Dos soldados se precipitaron sobre el gobernador y le presentaron al pecho las bayonetas en el instante mismo en que estaba abriendo la puerta.

— Podeis matarme si quereis, dijo Launay; pero no podreis matarme sin dejarme tiempo para arrojar esta mecha en medio de los barriles, y entonces... volamos todos, todos, sitiadores y sitiados.

Los dos soldados se detuvieron: sus bayonetas quedaron cruzadas sobre el pecho de Launay; pero siempre era allí Launay el que mandaba, porque era dueño absoluto de la vida de todos.

Los sitiadores observaron que pasaba alguna cosa extraordinaria; se asomaron al patio y vieron al gobernador con aspecto amenazador.

— Oídme, dijo Launay; si dais un solo paso para penetrar en el patio, pongo fuego á la pólvora.



Los que oyeron estas palabras, creyeron ya que el suelo temblaba bajo sus pies.

— ¿Qué quereis? ¿qué pedis? le gritaron muchos con el acento del terror.

— Quiero capitulacion, pero una capitulacion honrosa.

Los sitiadores no hicieron caso de las palabras de Launay; no creyeron que fuera capaz de cometer semejante acto de desesperacion, y persistieron en entrar.

Billot iba al frente de los sitiadores. De repente tembló y palideció, porque se acordó del doctor Gilberto.

Mientras que no se acordaba mas que de sí mismo, poco le importaba que volase la Bastilla y le sepultase entre sus ruinas; pero el doctor Gilberto no debía morir de ningún modo.

— ¡Alto! gritó Billot arrojándose delante de Elías y Hullin; ¡alto! en nombre de los prisioneros.

Y aquellos hombres que no temian morir por sí, retrocedieron asustados y llenos de terror.

— ¿Qué es lo que quereis? volvieron á preguntar al gobernador.

— Quiero que todo el mundo se retire, dijo Launay. No aceptaré ninguna proposicion mientras haya una persona estraña dentro de la Bastilla.

— ¿Pero no os valdreis de nuestra ausencia, dijo Billot, para volver á tomar la ofensiva?

— No; si se me niega la capitulacion, quedará todo en el mismo estado que ahora esta; ¡vosotros en esa puerta y yo en esta!

— ¿Nós dais vuestra palabra?

— Palabra de caballero.

Algunos menearon la cabeza en señal de duda.

— ¡Palabra de caballero! repitió Launay. ¿Hay aquí alguno que dude de la palabra de un caballero?

— ¡No, no, nadie! repitieron todos.

— ¡Papel, pluma y tinta! pidió Launay.

Al punto fueron ejecutadas las órdenes del gobernador.

— Está bien, dijo Launay.

Y volviéndose á los sitiadores, añadió:

— Ahora, vosotros, retiraos.

Billot, Hullin y Elías dieron el ejemplo y se retiraron los primeros.

Todos los demas los siguieron.

Launay puso la mecha á un lado y empezó á estender la capitulacion escribiendo sobre la rodilla.

Los inválidos y los suizos, que conocian que se trataba de sus vidas, le miraban en silencio con una especie de respetuoso terror.

Launay se volvió antes de fijar la pluma sobre el papel, y vió que los patios estaban desiertos.

Al momento se supo fuera todo lo que acababa de pasar dentro de la Bastilla.

Como dijo Mr. de Losme, la multitud se aumentaba cada vez mas. Cien mil eran ya los que rodeaban la Bastilla. No solo obreros, sino ciudadanos de todas clases. No solo hombres, sino viejos y niños. Y todos tenian armas y gritaban: ¡A la Bastilla!

En medio de los grupos se veian mugeres llorosas, despeinadas, con los brazos cruzados, maldiciendo al gigante de piedra con un gesto desesperado.

Ya era una madre, cuyo hijo acababa de morir dentro de la Bastilla; ya era una hija que habia perdido á su padre; ya era una esposa que lloraba muerto á su marido.

Pero al cabo de un rato, la Bastilla se quedó desierta. No habia ya en ella ruido, ni llamas, ni humo. La Bastilla estaba muda como la tumba.

Era imposible contar los balazos que se veian en las piedras de la fortaleza. No hubo un solo hombre que no deseara arrojar un tiro á aquel monstruo de granito, simbolo visible de la tiranía.

Así fué que cuando se dijo que iba á capitular la Bastilla, y que su gobernador habia prometido entregarla, nadie quiso dar crédito á semejante noticia.

En medio de esta duda general, y no atreviéndose todavía alegrarse sino aguardar en silencio, se vió asomar



por una tronera una carta atravesada en la punta de una espada.

Pero entre la carta y los sitiadores habia un foso ancho, profundo y lleno de agua.

Billot pidió una tabla; tres que le llevaron fueron demasiado cortas para alcanzar al otro lado. Una tocó al cabo al otro extremo del foso.

Billot la colocó como mejor pudo, y se arriesgó sin vacilar á pasar este puente peligroso.

Todos se quedaron mudos de terror. Todos los ojos estaban fijos sobre aquel hombre que parecia estar suspendido encima del foso, cuya agua estancada le parecia á Pitou que era la del Cocyto.

Pitou, temblando de miedo, se sentó al borde del foso y ocultó su cabeza entre las manos.

Le faltó el ánimo y empezó á llorar.

De repente, cuando Billot llegaba ya casi al otro lado del foso, vaciló la tabla; Billot estendió los brazos, cayó y desapareció bajo el agua del foso.

Pitou dió un rugido terrible y se precipitó detrás de él como un perro de Terranova tras de su amo.

Entónces se acercó otro hombre á la tabla desde la que acababa de caer Billot.

Sin titubear intentó tambien pasar al otro lado. Este hombre era Estanislao Maillard, el ugier del Chatelet.

Cuando llegó al sitio en que cayeron Billot y Pitou, miró un instante hácia abajo, y viendo que ya habian llegado á la orilla sanos y salvos, prosiguió su camino.

Medio minuto despues, estaba ya al otro lado del foso, y cogió el billete, que le presentaban en la punta de la espada.

Entónces, con la misma serenidad que antes, y la misma firmeza de ánimo, volvió á pasar por encima de la tabla que habia servido de puente.

Pero en el momento en que todos formaban corro en derredor suyo para leer la capitulacion, cayó desde las almenas una lluvia de balas, y se oyó una espantosa descarga.

Un solo grito, pero de estos gritos que animan la venganza de un pueblo, resonó en todo la plaza.

— ¡Confíad en los tiranos! exclamó Gonchon.

Y sin acordarse ya de la capitulacion, ni de la pólvora, ni de sí mismo, ni de los prisioneros, sin desear ni pedir otra cosa que *venganza*, se precipitó el pueblo por los patios de la Bastilla, no ciento á ciento, sino á miles.

No fueron ya los tiros los que impidieron entrar á la multitud, sino las puertas que eran demasiado estrechas.

Al oír la descarga, los soldados, que no se habian separado un solo instante del lado de Launay, se arrojaron sobre él, y uno de ellos cogió la mecha que estaba ardiendo, y la pisoteó.

Launay desenvainó su espada y quiso atravesarse con ella; pero no pudo y la hizo pedazos entre sus manos.

Entónces conoció que ya no podia hacer nada sino aguardar la muerte, y la aguardó.

Entró el pueblo y los soldados le tendieron los brazos; la Bastilla fué tomada por asalto, á viva fuerza y sin capitulacion.

Hacia cien años que no era sola la materia inerte lo que se encerraba en la Bastilla. Era tambien el pensamiento. El pensamiento fué lo que hizo reventar á la Bastilla, y el pueblo entró por la brecha que quedó abierta.

En cuanto á la descarga hecha en medio del silencio y de la suspension de hostilidades, por lo que toca á aquella agresion imprevista, impolitica é injusta, jamás se ha sabido quién fué el que la mandó ni los que la ejecutaron.

Hay momentos en el mundo en que el porvenir de una nacion está pesando en un platillo de la balanza del destino. Todos creen haber llegado el objeto apetecido; pero de repente una mano invisible deja caer en el otro platillo la hoja de un puñal ó la bala de una pistola, y entónces todo cambia y no se oye mas que un solo grito:

— ¡Ay de los vencidos!